

ADOLFO LEÓN ATEHORTÚA CRUZ

**Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Pedagógica Nacional**

EL CUARTEL: ¿ESCENARIO DE DOMINACIÓN Y DISCIPLINA?

Resumen: Con las tesis de Michel Foucault como trasfondo y materia de debate, el presente artículo se pregunta si, de alguna manera, puede considerarse al cuartel como escenario de dominación y disciplina. Sin desconocer el papel que en la formación del soldado y el cadete juegan la distribución del espacio, el control del tiempo, la elaboración de los actos y el castigo, será la valoración contrastante de la teoría con la observación directa y la experiencia concreta, lo que permita sugerir respuestas al interrogante formulado.

Palabras Clave: Foucault, Cuartel, Disciplina, Ejército

Abstract: Using the Michel Foucault's thesis as background and subject of debate, this article asks whether the barracks can be considered, in any form, as stage of dominance and discipline. Avoiding overlooking the role that plays the distribution of the space, the time control, the fulfillment of the acts and the punishment in the upbringing of the soldier and the cadet, it will be the contrasting appraisal of the theory and direct observation and concrete experience, which allows to suggest answers for the stated question.

1. La arquitectura del cuartel y la distribución del espacio: ¿una estructura para el control?

Para Michel Foucault, la disciplina procede, ante todo, a la distribución de los individuos en el espacio. Por una parte, exige clausura, pero este principio no es constante, ni indispensable, ni suficiente en los aparatos disciplinarios. El espacio se trabaja de una manera mucho más flexible y fina. Se trata, en primer lugar, de la facilidad para localizar a cada individuo en su lugar y en cada emplazamiento a un individuo; de establecer las presencias y las ausencias; de poder vigilar la conducta de cada cual en cada instante, y de apreciarla, sancionarla, o medir sus cualidades y sus méritos¹.

El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos hay. Sin embargo, el cuerpo no es necesariamente singular, puede ser

¹ **FOUCAULT, Michel.** *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión.* México: Siglo XXI editores, 9ª. Edición, 1984, pp. 145 a 149.

°Universidad Pedagógica Nacional

colectivo. El grupo tiene espacio en cuanto permita una distribución controlada para sus individuos, en cuanto elimine su circulación difusa y permita conocer, dominar y utilizar. Cada cual se define por el lugar que ocupa en una serie y por la distancia que lo separa de los otros. La unidad es, entonces, el rango; el lugar ocupado en una clasificación determinada. En este sentido, la disciplina es para Foucault el arte del rango y la técnica para la transformación de las combinaciones. Individualiza los cuerpos por una localización que no los implanta, pero los distribuye y los hace circular en un sistema de relaciones. El cuartel será, precisamente, un emplazamiento funcional que posibilita la vigilancia y el control, al tiempo que constituye un espacio útil para la disciplina: establece la fijación pero permite la circulación; recorta segmentos individuales e instaaura relaciones operatorias; marca lugares e indica valores; garantiza la obediencia de los individuos pero también una mejor economía del tiempo y de los gestos².

A grandes rasgos, algunas distribuciones espaciales en los cuarteles del Ejército Nacional de Colombia cumplen en lo fundamental con los parámetros que la disciplina exige. Al igual que la ciudad en su hispano y tradicional corte arquitectónico, el batallón gira alrededor de la plaza de armas. En el extremo preferencial de ella se ubica el Pabellón de Comando, tal como en la ciudad se ubican la alcaldía y la iglesia. En los espacios perpendiculares al Pabellón de Comando, pero separados por una calle en cada costado lateral de la plaza de armas, se encuentran los alojamientos, apartados unos de otros por jardines, aunque con baños comunes. Finalmente, en el flanco opuesto al Pabellón de Comando se ubican el comedor y el rancho de la tropa, así como los talleres propios del oficio militar. En la página siguiente, una gráfica nos ilustra con mayor claridad la distribución espacial tipo de los batallones en Colombia.

Esta construcción básica es observada, por ejemplo, en los Batallones Tenerife de la ciudad de Neiva, y José Hilario López en la ciudad de Popayán. En términos generales se conserva también en la Escuela de Artillería, al sur de Bogotá, y en el Batallón Palacé de la ciudad de Buga³. La ubicación preferencial del Pabellón de Comando permite una observación constante sobre la plaza de armas, los alojamientos, los baños y las zonas comunes de la tropa. Por cierto, tienen allí lugar las oficinas encargadas del control interno, la disposición orgánica y la disciplina. La circulación de cualquier individuo entre un alojamiento y otro, por las calles adyacentes de la plaza, por los talleres y la zona de comedor y servicios de la tropa, es igualmente observable desde el Comando; más aún si es ésta la única edificación de dos plantas en el marco de la plaza. El Comando se convierte,

² **Ibidem**, pp. 151-152.

³ Desde luego, es difícil tener acceso a las instalaciones de los numerosos cuarteles del país, y mucho más difícil obtener sus planos o maquetas. Sin embargo, militares entrevistados coincidieron en señalar la distribución espacial arriba referida como *patrón o tipo* en la gran mayoría de los cuarteles de Colombia. Algunas excepciones, como es el caso del Batallón Pichincha en la ciudad de Cali, tienen su explicación en la característica de cantón que poseen, con más de un batallón en su seno.

entonces, en sitio de permanente mirada vigilante, pero al mismo tiempo en lugar de convergencia y centro de orientación para todo el cuartel.

No obstante, una mayor y mejor distribución espacial con respecto a los fines de la disciplina es observable en los alojamientos. Se trata de lugares con una sola puerta de acceso aunque con ventanales amplios a lo largo de la sala destinada al dormitorio. Tal como sucede en la Escuela Militar de Bogotá, en el Batallón Pichincha de Cali, o en otras instalaciones del país, un transeúnte externo tiene la posibilidad de observar con un considerable rango de visión lo que suceda al interior de los alojamientos. El transeúnte, por supuesto, puede ser el oficial de servicio quien, durante toda la noche, está obligado a transitar por los alrededores de los dormitorios. La vigilancia constituye, de esta forma, un componente definitorio para la arquitectura del cuartel y, al mismo tiempo, un operador decisivo para la implantación de la disciplina interna.

Cada alojamiento en los batallones de Colombia posee en su fachada un cartel con los nombres correspondientes a la Compañía que alberga. Al franquear la entrada, lo primero que se encuentra es la “oficina de control interno”. Por lo regular, dicha oficina se halla a cargo de un suboficial con la colaboración de un dragoneante o de un soldado antiguo. En sus paredes sobresalen tableros o cuadros que contienen al detalle la información de todo aquello que el alojamiento ampara: cuadro de personal, cuadro de material de intendencia y cuadro de material de guerra. El inventario es perfecto. A cada nombre de soldado corresponde una asignación básica que se hace pública a través del tablero general en la oficina de control interno. Cualquier visitante, con sólo mirar dicho tablero, puede enterarse que el soldado XX posee como asignación, por ejemplo, un colchón y una almohada de espuma, una bandeja de acero inoxidable, un par de botas combinadas, un par de botas tenis, dos brazaletes, una bufanda, dos camisetas, dos uniformes camuflados con gorra, una cama en catre doble o un catre sencillo, un cinturón de lona con chapa, un juego de cubiertos, un jarro de acero, una funda para su almohada, una sábana, una toalla, una tula de lona, un cinturón de reata, un fusil galil, un porta fusil, dos porta proveedores, cuatro proveedores, cien cartuchos, y hasta dos pares de medias negras y dos pantaloncillos. El hecho de fijar tal listado de asignaciones en un lugar público, presupone obligación y compromiso. De esta manera se le recuerda al soldado, en forma permanente, que sus superiores tienen exacta cuenta de todo aquello que reposa en su poder.

Próxima a la oficina de control interno se encuentra en cada alojamiento una zona común que los militares denominan “rotonda”. A la vista sobresalen tableros o carteles con la línea de mando de las Fuerzas Militares, el banderín y demás distintivos de la compañía, así como también el cuadro de honor del batallón. Al traspasar la rotonda se llega al dormitorio propiamente dicho. Los catres se encuentran alineados en forma perfecta a lado y lado del alojamiento. La simetría

es increíble. La distancia entre un catre y otro, a cada costado, puede coincidir milimétricamente. Una línea desde la primera pata del primer catre hasta la última pata del último catre, resultaría estrictamente recta. Al fin y al cabo, como veremos más adelante, los soldados están obligados a mantener dicha simetría.

En el centro de los alojamientos, accesible a cada costado de catres, se encuentra el amerillo, lugar donde reposan, en horas nocturnas, los fusiles de todos y cada uno de los soldados. Junto al amerillo, dominando el sitio, está la cama del suboficial de servicio. Al fondo de cada alojamiento duermen los suboficiales solteros, comandantes de los pelotones y de la compañía. Una observación de campo sobre un alojamiento en un batallón del país, arrojó los siguientes registros:

“El alojamiento es una especie de galpón o barraca. La construcción es en ladrillo limpio. Las paredes no alcanzan a medir dos metros. Sobre ellas, algunos pilares sostienen un techo en eternit. El espacio entre este y las paredes, es vacío. No hay ventanales, no hay vidrios. La puerta de entrada es sólo un sitio de paso, no tiene naves, no tiene marco. Se localiza en la fachada, al lado derecho; mide dos metros y medio de ancho aproximadamente. Al ingresar, ocho pasos al frente, se levantan dos carteleras. Una tiene la línea de mando con fotografías grandes y la otra un cuadro de honor de la compañía. A su lado hay un tablero en acrílico sobre el cual no se ha escrito frase alguna. Un metro al frente se ubica un atril con dos libros gruesos, de “control interno”. Más hacia la derecha se encuentra un escritorio y en la pared a su espaldar tres tableros más en acrílico dedicados a anotaciones sobre el material de intendencia y de guerra confiado a los soldados. Los camarotes son unidades para dos hombres, arriba y abajo. La distancia lateral entre uno y otro es inferior a un metro. La distancia frontal entre dos hileras de camarotes, es inferior a los dos metros. Hay cuarenta camarotes a cada lado, ochenta en total. En la parte delantera de la barraca hay un letrero de grandes dimensiones: “Estamos en guerra y la estamos ganando”. Al interior se aprecian las banderas de las distintas armas del Ejército con sus frases identitarias: “Salve usted la patria”, “Deber antes que vida”, “Vencer o morir”.

Las camas en cada alojamiento no se distribuyen caprichosamente. Por lo regular, el alojamiento cobija a una Compañía, conformada por cuatro pelotones compuestos, a su vez, de cuatro escuadras con diez hombres cada una. En total, el alojamiento alberga a 160 hombres ubicados generalmente en camarotes dobles. Cuando se trata de soldados incorporados en servicio militar obligatorio, la distribución se hace, en la mayoría de las ocasiones, por orden alfabético. Cuando se trata de soldados voluntarios y profesionales, o en la Escuela Militar, las camas se entregan por escuadra. La primera cama hacia la salida, es ocupada por el reemplazante de pelotón y la segunda por el comandante de la escuadra. Las siguientes son asignadas por orden de estatura en cada escuadra, comenzando por el más alto. De esta manera, de acuerdo con la jerarquía y la estatura, es fácil

determinar a quién le corresponde cada cama y, por consiguiente, es fácil ubicarlo o notar su ausencia en horas de la noche. Con respecto a los alojamientos, puede observarse la gráfica número dos en la página siguiente.

Sin embargo, la distribución minuciosa del espacio no ocurre solamente en los alojamientos. En campaña, por ejemplo, el orden que se utiliza es el mismo. Cuando se emplea una carpa de pelotón que logre cobijar a todos los miembros del destacamento, éstos ubican su sitio en el mismo lugar que regulamente les correspondería si estuvieran en el alojamiento. Cuando se emplean pequeñas carpas de campaña, éstas se instalan de tal forma que la totalidad del campamento respete la asignación usual en el alojamiento.

Por supuesto, la distribución espacial ocurre con singular precisión en las formaciones. Cuando un pelotón actúa en forma independiente, el comandante se coloca cinco pasos al frente y al centro de la unidad. Cuando actúa encuadrado en una unidad fundamental, es decir, cuando la formación se realiza con otros pelotones de una misma compañía, por ejemplo, el comandante de cada pelotón forma a su derecha. En este caso, a su izquierda inmediata, toman lugar los mandos del pelotón y después de ellos los soldados por orden de estatura. La distancia entre filas de esta formación será siempre de ochenta centímetros y se establecerá un ligero contacto entre hombre y hombre.

Cuando se trata de una formación en línea, el primer hombre del primer pelotón o sección se coloca tres pasos al frente de quien ordena la formación y el resto del pelotón forma según lo explicado en el párrafo anterior. La plana mayor o sección de comando se coloca en línea hacia la derecha del pelotón base y los demás pelotones hacia la izquierda conservando su paso de intervalo entre pelotón y pelotón o entre sección y sección. Los comandantes de pelotón se colocan a la derecha de sus unidades, en tanto que el comandante de la unidad fundamental se coloca cinco pasos al frente y al centro de la unidad. El porta-insignias y sus escoltas se colocan tres pasos atrás y cubriendo al comandante de la unidad.

La formación de una compañía en columna por pelotones; en columna de marcha, en doble columna por pelotones o en doble columna de marcha, posee de igual forma una distribución concreta y previamente establecida para cada hombre. Cualquier superior, enterado del rango que un subalterno posee en su unidad, podrá localizarlo sin ningún esfuerzo.

2. La concepción de disciplina

Michel Foucault ha definido la “disciplina” como una fórmula general de dominación cuyos métodos permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad. En ese sentido, la disciplina está ligada a un arte sobre el cuerpo humano que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades ni tampoco a hacer más pesada la sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés. Una mecánica del poder para que las personas no sólo hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con la técnica que se dispone, y según la rapidez y la eficacia que se determinan. La coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada⁴.

El Reglamento de régimen disciplinario para las Fuerzas Militares de Colombia define la disciplina como condición esencial para la existencia de toda fuerza militar, que “consiste en mandar y obedecer dentro de las atribuciones del superior y las obligaciones del subalterno; contrarresta los efectos disolventes de la lucha, crea íntima cohesión y permite al superior exigir y obtener del subalterno que las órdenes sean ejecutadas con exactitud y sin vacilación”⁵.

Si bien dicha definición no permite una disertación mayor con respecto a las consideraciones arriba citadas de Michel Foucault, otras apreciaciones facilitan un juicio más acertado acerca de la manera como se concibe y aplica la disciplina en el Ejército.

En términos concretos, el Reglamento del Don de mando militar estima la disciplina como actitud individual o colectiva que asegura una pronta obediencia a las órdenes, o que garantiza la iniciación de una acción apropiada a falta de órdenes. En criterio del mismo reglamento, la disciplina resulta de un don de mando inteligente, así como de un adiestramiento eficaz que inculque en cada comando un espíritu servicial y potente⁶.

Tal como sucede en todos los ejércitos del mundo, la práctica del “orden cerrado” constituye la mejor forma de disciplinar al cuerpo del soldado. En la voz más populamente conocida, ¡Atención... FIR!, el ejercicio a realizar se describe con una complejidad que asombra: *“Para tomar esta posición se recoge con fuerza el*

⁴ **Ibid**, pp. 141-142.

⁵ Decreto Número 85 de enero 10 de 1989. Reglamento de Régimen disciplinario para las Fuerzas Militares de Colombia; capítulo II, artículo 3º.

⁶ FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA, EJERCITO NACIONAL. Reglamento EJC_1_3. Disposición No. 00013 de 1978. Bogotá: Litografía ayudantía general comando del ejército, 1978. Numeral 46, p. 40.

pie izquierdo contra el derecho y simultáneamente los brazos caen naturalmente a lo largo de las piernas sentando las manos sobre los músculos. Los talones quedan tan juntos como lo permita la conformación de individuo. Los pies formando un ángulo de 45 grados. Las piernas templadas sin rigidez. El peso del cuerpo descansa sobre la planta de los pies. Las caderas niveladas, el tronco erguido, el pecho naturalmente hacia fuera, los hombros ligeramente hacia atrás y a la misma altura. Los brazos caen sin esfuerzo; los codos ligeramente doblados y un poco hacia delante las palmas de las manos en contacto con el muslo y sobre la costura del pantalón; los dedos unidos y estirados. El cuello y la cabeza naturalmente colocados, la barbilla un poco recogida, los ojos fijos al frente, en un punto de referencia ligeramente más alto que el nivel de los ojos. El hombre debe mantenerse inmóvil en esta posición”⁷.

Sin duda alguna, es entonces en la práctica del “orden cerrado” cuando el don de mando y el adiestramiento se colocan en rigor pleno bajo la consigna de inculcar la disciplina. No es extraño, desde luego, que los reglamentos exijan la ejecución de los diferentes ejercicios con absoluta energía y precisión, sin concesiones ni vacilaciones por parte de la tropa. El “orden cerrado” es considerado la “escuela de la disciplina del soldado” y no puede permitirse la más mínima falla. Por supuesto, al lado de la disciplina, es la autoridad la que está en juego. La autoridad se expresa a través de la voz de mando en busca de una ejecución inmediata. Por esa razón, los reglamentos contemplan igualmente el empleo de una voz de mando “con cadencia, inflexión y corte que inspiren prontitud, precisión y ejecución simultáneas por parte de los subalternos”⁸.

Como si fuera inspirada en la microfísica del poder foucaultiana, el objeto principal de la autoridad es definido en los manuales de instrucción militar como “gobierno de las energías y voluntades individuales para obtener de éstas los efectos de que serían incapaces si procedieran aisladamente”⁹. En ese mismo tenor, la disciplina es concebida “no como ejecución de las órdenes en cuanto parezcan razonables, convenientes y aún posibles”, sino en cuanto acto que significa “abrazar completamente las ideas del jefe y hacer todo lo posible para cumplirlas”; “conformar el juicio propio con el juicio del superior y depositar en él la confianza absoluta y la docilidad de una desposada”¹⁰. La autoridad, se enseña, “es una de las condiciones de vida del hombre con fundamento en la naturaleza misma de las cosas y, por consiguiente, en Dios, principio de nuestra naturaleza y de nuestro

⁷ FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA, EJERCITO NACIONAL. Reglamento EJC 3_28. Disposición No. 00012 de 1978. Bogotá: Litografía ayudantía general comando del ejército, 1978. Capítulo III, numeral 17, Posición fundamental.

⁸ **Ibidem.** Capítulo I, numeral 1, Generalidades y Capítulo II, numeral 9, Voces de mando.

⁹ ESCUELA MILITAR DE CADETES “GENERAL JOSE MARIA CORDOBA”. *Autoridad, subordinación y medios disciplinarios*. Bogotá, Editorial de la Escuela, s.f. Manual de enseñanza para la formación de oficiales. p. 3.

¹⁰ ESCUELA MILITAR DE CADETES “GENERAL JOSE MARIA CORDOBA”. *El arte de ser jefe*. Bogotá, Editorial de la Escuela, s.f. Manual de enseñanza para la formación de oficiales. p. 21.

ser. Dios es el Señor supremo: su autoridad es soberana; pero ha querido asociar a los hombres para su acción en el mundo. ¡Oh grandeza de la misión del jefe!¹¹.

El propósito del “orden cerrado” es percibido con absoluta claridad por soldados, suboficiales y oficiales. Su relación con la disciplina y el carácter central que en la instrucción del militar posee, aparece de manera nítida en los testimonios que a continuación se citan.

“Cuando entramos al alojamiento nos dieron las camas y el ‘lanza’ por orden alfabético. El ‘lanza’ es el compañero que le corresponde a uno en el mismo camarote. Es el siguiente o el anterior en la lista del pelotón. Se lo asignan para toda la vida. Tiene que pegársele como estampilla y a todo momento debe saber en dónde se encuentra. Esa es la disciplina y es muy importante. Con el ‘lanza’ se duerme, con el ‘lanza’ se come, con el ‘lanza’ se forma, con el ‘lanza’ se sale. Uno empieza a conocer las cosas de memoria. A uno le asignan un lugar en el camarote, un lugar en los baños, un lugar en la formación, un lugar en el comedor. Es lo mismo todos los días, sin derecho a cambiar. En dos semanas, por ejemplo, uno sabe quién está en la parte de arriba del octavo camarote. Uno sabe qué lugar le corresponde a quién en la fila”¹².

“El primer día en el batallón nos ubicaron por escuadras. Eramos un pelotón de cinco escuadras con doce personas cada una. Las escuadras se distribuyeron por orden alfabético y después formamos por orden de estatura. Desde ese día hasta el final se conservó el orden. No sólo en la formación, también en los catres. El orden es esencial. El suboficial se da cuenta si hay un evadido porque el orden acostumbrado se rompe cuando alguien falta. Se nota de inmediato. Con el orden no vale la pena rebelarse. Los rebeldes eran los que más sufrían las consecuencias y mantenían castigados a toda hora. Los más dóciles, en cambio, nunca tienen inconvenientes frente a sus compañeros y superiores. Por eso en el ejército uno aprende que la disciplina es una norma de vida. Uno puede creer que por ser uno novato van a tener compasión y cuidado con uno. La cosa no es así. La disciplina es pareja y es mejor obedecer para no complicarse la vida. Al final, todo es costumbre. Uno se vuelve resistente, aguantador. A uno lo ponen a hacer flexiones de pecho hasta la media luz de la luna, o sea hasta medio día, porque hubo un bobo que se equivocó en la formación y no supo seguir el compás. También lo ponen a voltear y a voltear hasta en horas de la noche. Uno simplemente obedece y obedece. Yo creo que en el ejército uno aprende a obedecer a punta de gimnasia y de filas”¹³.

¹¹ **Ibidem**, p. 4.

¹² *Relatos de conscriptos*. Entrevista concedida por un dragoneante del Ejército en servicio militar obligatorio. Cali, mayo de 2000.

¹³ *Relatos de conscriptos*. Entrevistas realizadas con la colaboración de Martín Alonso Pinzón y Lucrecia Balanta. Cali, diciembre de 2000 a febrero de 2001. El apoyo de la Universidad

“Una de las situaciones más difíciles en el ejército es el ‘orden cerrado’. Cómo será que existe un verso: ‘orden cerrado / mierda pa’l soldado’. Hay formación a toda hora: formación frente a los catres a la hora de levantarse, formación en la plaza antes de ir al desayuno, formación para recibir la instrucción, formación para entrenar la formación, formación para almorzar y para comer, y formación para la recogida, para ir a dormir. El ‘orden cerrado’ son horas y horas al sol. Cuando a uno le dan el uniforme y las botas, uno se pone todo contento, se siente hombre, ¡uf!, se siente superior. A las dos semanas, con tanta formación y tanto ejercicio han salido ampollas y uno quiere quitarse las botas y mandarlas a la mierda. Lo mismo sucede cuando le dan el fusil. Uno se pone contento. Pero resulta que sólo un mes después le dan el portafusil. De modo que a uno le ha tocado cargar esa cosita en todas las marchas y en todas las formaciones. Al final uno se acostumbra. Uno aprende a marchar y a manejar el fusil como si fuera una parte más del cuerpo”¹⁴.

“El orden cerrado es el fundamento del ejército. Es casi la razón de ser. Con el orden cerrado uno aprende la disciplina porque toca aprender a marchar y a saludar con exactitud de reloj suizo. Si uno se equivoca le pegan el grito. Si uno vuelve a embarrarla lo mandan a voltear. Voltear es correr cien metros o más hasta un sitio, un árbol o algo. El comandante dice: ‘¡Vuelta al árbol!’ y por eso se llama voltear. Lo más verraco es cuando hay uno que la embarra y entonces mandan a voltear a todo el pelotón o a toda la compañía. Con uno que la embarra pagan todos, es lo que nos dicen. Uno pregunta por qué razón y nos contestan que a todos nos dieron el mismo camuflado y tomamos el mismo chocolate. Entonces uno hijueputea al que la embarra. Cuando un soldado se equivoca demasiado se le aplica un dicho que dice: ‘el que de día se descuadra, en la noche paga’. Entonces por la noche, a los que hacen voltear al pelotón, se les da tabla. Se espera a que estén en la cama y con la luz apagada se acercan otros soldados y se les pega un tablazo en las piernas o en la espalda para que aprendan. También se les acuatiza. Es decir, se les tira un baldado de agua a media noche y se les moja toda la cama. Esa es una ley y los suboficiales no dicen nada. La disciplina del ejército lo convierte a uno en robot. Uno ya sabe lo que tiene que hacer, lo que es malo y lo que es bueno”¹⁵.

“La verdad es que yo he sido un poco rebelde. La primera vez que empezamos a ensayar la marcha en instrucción de orden cerrado, nos pusieron a correr de un lado a otro como locos porque un soldado se elevó y se equivocó. Yo me rebelé y me salí de la fila. Entonces el cabo me gritó y yo le contesté feo. En ese momento me dijo devuélvase con un grito impactante. No sé, yo estaba acostumbrado a eso y el grito me paralizó. Me quedé perplejo. Entonces me

Javeriana – Cali fue importante para el trabajo de campo. En adelante serán distinguidas como SERIE 1.

¹⁴ *Relatos de concriptos.* Entrevistas concedidas por jóvenes, luego de prestar su servicio militar. Bogotá y Cali, febrero a mayo de 2001. En adelante, serán distinguidas como SERIE 2..

¹⁵ **Ibidem.**

°Universidad Pedagógica Nacional

ordenó que hiciera veintidós de pecho y yo me puse a hacerlas. Cuando terminé sentí un patadón en la espalda y el cabo me amenazó con encerrarme una semana en el calabozo si volvía a rebelarme. Así aprendí el rigor de la disciplina”¹⁶.

“La disciplina es el alma del ejército. Como dice el dicho: ‘¡O hay disciplina o se acaba la milicia!’. No se trata de pedir favores. Se trata de ordenar, y orden dada es orden que tiene que cumplirse. La disciplina es genial porque abre el conocimiento del recluta para que se convierta en persona y en soldado de la patria. La obediencia es el primer paso que debe dar un soldado para formarse como persona madura en la institución. Por eso es importante el orden cerrado. Es importante que todos los soldados aprendan a marchar como un solo cuerpo porque de esa manera aprenden lo que es el servicio militar y lo que es el ejército. Cuando fui Cabo estuve de comandante de un grupo de soldados o escuadra. Me colocaron en la compañía de instrucción a cargo de los regulares recién ingresados. La misión era enseñarles a marchar, a aprender las insignias y los himnos. Uno se convierte en el hermano mayor. Está con los soldados desde que se levantan hasta que se acuestan, porque yo en esa época dormía en una cama en la mitad del alojamiento. Vivía, comía y dormía con ellos. Yo sentía que le estaba sirviendo a otras personas que llegaban con los ojos tapados al ejército. Sentía que era yo quien les quitaba la venda y les enseñaba la disciplina. La rutina era levantarlos a las cuatro y media de la mañana con voz de mando, porque yo entiendo que cuando uno manda hay que hablar duro para que entiendan. A los reclutas se les controla la diana, el baño, el desayuno, la formación; después hablan los comandantes superiores y uno sigue con la instrucción cuando ellos terminan. Esa misma formación la recibí en la Escuela. Sólo que en la Escuela la enseñanza es más profunda. A uno le enseñan a dirigir hombres. Allá inculcan la autoridad. Uno aprende a respetar y después eso mismo es lo que uno enseña. Eso es la disciplina”¹⁷.

“La instrucción militar formal en la Escuela es de dos a cinco de la tarde. Es lo que llamamos orden cerrado. La formación se utiliza en la Escuela todo el tiempo. Prácticamente nada se hace sin formar. Es la rutina. En la madrugada el alférez dice: ‘¡Alistarse que la van a jalar!’. Quiere decir que va a sonar la trompeta para formar antes del desayuno. Entonces todos salimos corriendo, despavoridos como si hubiese sonado una alarma. Yo, por ejemplo, bajaba las escaleras de un brinco, como si estuviera en competencia”¹⁸.

16

Ibid.

17

Entrevista concedida por un suboficial del Ejército. Bogotá, mayo de 2001.

18

Entrevista concedida por un oficial del Ejército. Cali, junio de 2000.

3. El control del tiempo

Fundamento de la disciplina es el control del tiempo. Establecer ritmos, regular en tiempo definido y concreto cada ocupación determinada y construir ciclos de repetición continua y cotidiana, es una manera específica de imponer la disciplina. El monasterio, el colegio, la fábrica, son, según Michel Foucault, prototipo clásico en el ejercicio de este control. Sin embargo, ninguno de ellos es tan eficiente como la organización militar. En esta última, no se trata solamente de regir las relaciones del tiempo, de los cuerpos y de las fuerzas para asegurar una acumulación de la duración y para invertir con provecho y utilidad el movimiento del tiempo en su transcurso. Se trata de capitalizar el tiempo de los individuos, acumularlo en cada uno de ellos, en sus cuerpos, en sus fuerzas o en sus capacidades, de una forma tal que sea susceptible de utilización y de control. Tras este objetivo, cuatro son los procedimientos empleados: dividir la duración en segmentos, sucesivos o paralelos, cada uno de los cuales debe llegar a un término especificado; organizar los trámites de acuerdo con un esquema analítico; finalizar los segmentos temporales con una prueba que define el nivel alcanzado por el individuo y, disponer series de series, es decir, prescribir cada una según su nivel, su antigüedad y su grado¹⁹.

En efecto, la división de la duración en segmentos ocurre cuando se aíslan los tiempos de formación en sus actividades específicas, o cuando se construyen etapas consecutivas pero separadas en el aprendizaje y la labor del militar. De esta manera, el soldado sabe exactamente el tiempo que dura la prestación del servicio militar. Pero aprende, además, el tiempo que dura su consideración como “recluta”, el tiempo que tarda el adiestramiento y la práctica necesaria en orden cerrado sin armas, y la preparación hacia la ceremonia en que adquiere el carácter de soldado y jura ante la bandera el cumplimiento leal de su deber. En suma, el soldado aprende la clasificación y duración del tiempo durante el servicio militar.

En el ejército colombiano, el soldado en servicio militar obligatorio lleva exacta cuenta de sus días en milicia. Sabe cuánto tiempo ha transcurrido y cuántos días restan para regresar finalmente a la vida de civil. La mayoría de los soldados borra todas las noches, en un pequeño calendario, el día que termina. Otros llevan la cuenta en una hoja de papel o simplemente en la memoria. Todos dan razón del día en que ingresaron al ejército, del día en que prestaron juramento, y algunos más del día en que recibieron por primera vez el arma. El procedimiento, así como el día final en que obtienen su retiro del ejército, se conoce popularmente como “mocha”. Aunque, tal como observaremos en otro acápite, dicho proceso posee otras implicaciones y explicaciones, lo importante es dictaminar la conciencia extrema del tiempo que el recluta adquiere en el servicio:

¹⁹ **FOUCAULT, Michel.** *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión.* Op. cit. pp. 160 a 163.

“Todos los soldados tenemos un ‘mochímetro’. Por lo regular, consiste en un calendario donde se marcan los días que pasan y se anota el día de salida. Eso se hace todas las noches antes de dormir. Uno cuenta y sabe de memoria los días que faltan para salir. Algunos marcamos allí el día de la primer visita, el día en que nos dieron el fusil, el día de la jura de bandera, los días de permiso... es decir, los días más importantes y recordados del servicio militar. Esos días los tacho con lápiz rojo; los otros simplemente los tacho con un color negro”²⁰.

Sin embargo, la división de la duración en segmentos es mucho más nítida en las primeras horas del día, a partir de “la diana”. La sucesión de actividades es intensa y rápida, con un control milimétrico del tiempo. Cada actividad goza de un cómputo temporal estricto. La corneta o las voces de mando marcan el transcurso y/o señalan con exactitud la duración de cada episodio.

El diario de observación de campo, elaborado sobre el inicio de un día normal en la “Compañía Bolívar” del “Batallón Pichincha”, en la ciudad de Cali, obtuvo los siguientes registros:

“Todo estaba oscuro en esa mañana de mayo de 2000. Varios grupos de hombres parecían moverse sigilosos por las calles internas del batallón. Algunos exhibían sus fusiles y prestaban, sin duda, servicio de vigilancia. Otros habían sido levantados desde muy temprano y se dedicaban a limpiar las aceras y calzadas. Eran los sectores cercanos a las casas fiscales de los oficiales.

Centenares de metros más adelante se observaban grupos de uniformados con movimiento parsimonioso. Eran las 4:20 A.M. y una lluvia ligera empezaba a caer sobre el sector. El oficial en servicio era un capitán. Portaba una pistola 9 mm al cinto y un cuaderno de notas en su mano derecha. Con él se encontraban dos suboficiales y el corneta. Su expresión era atenta pero tranquila. Miraba su reloj y preguntaba por dos hombres a quienes mencionaba por su apellido. Alguien le explicó en dónde se encontraban y lo asumió con normalidad absoluta. A su lado estaba el corneta, un PM perfectamente uniformado que calentaba su boca y se preparaba para el toque. Recibió la orden: “Prepárese para el toque”, exclamó el capitán. El corneta llevó el instrumento sobre su boca y tomó aire. El capitán aclaró: “Todavía no, faltan cinco minutos”.

Enseguida, el capitán ordenó fomar a los suboficiales. Dos de ellos tenían la insignia “SS”: “suboficial de servicio”. Otro hombre tenía la sigla “OS”: “oficial de servicio”. Era un teniente. A los suboficiales les pidió desplazarse uno para la barraca y otro hacia los baños. Al teniente le ordenó permanecer en el corredor. El

²⁰ *Relatos de concriptos*. Entrevistas concedidas por soldados en servicio militar obligatorio. Bogotá, abril de 2001. En adelante, serán distinguidas como SERIE 3.

^oUniversidad Pedagógica Nacional

corneta se ubicó al pie de la barraca y obedeció la nueva orden de toque. De inmediato se encendió la luz y todos los soldados abandonaron la cama como si fueran un resorte. En realidad, antes de terminar el toque de corneta, todos estaban de pie, al lado de su camarote. Un suboficial más apareció dando ordenes. Domía con sus hombres, uniformado, y era el primero en colocarse de pie con el toque de la diana. “¡Atención!, ¡Levantarse!, ¡Formar!, ¡Rápido, que se vea”!, fueron sus primeros gritos con voz de mando. En realidad no eran necesarios porque todos los reclutas estaban de pie. Continuó enseguida tajante: “¡Tienen cinco minutos para bañarse!”. “Rápido, rápido, que no vea a nadie con pereza”, remató en tono enérgico.

Los soldados empezaron a salir al trote hacia los baños. Algunos lo hacían en pantaloncillos, otros con la toalla sujeta a la cintura, otros salieron desnudos con la toalla y el jabón en la mano. Unos pocos buscaban, rezagados, sus artículos de aseo en las tulas que guardaban debajo de sus camas. Sin embargo, en el alojamiento, todo quedó en desorden y vacío en menos de treinta segundos.

En los baños, algunos fueron a los sanitarios. Muy pocos en verdad. La mayoría se dirigió a las duchas y otros empezaron a afeitarse. Las duchas eran insuficientes. Mientras unos se afeitaban, otros mojaban su cuerpo. Cuando éstos se retiraban para afeitarse y jabonarse, los otros se metían bajo la ducha. En la mayoría de los casos el baño era por parejas, sincrónicamente organizado. Los suboficiales medían el tiempo: “quedan tres minutos”, “muévanse, muévanse”. El agua salía abundante y los soldados, desnudos, se turnaban entre la afeitada, el jabón y la ducha. La toalla permanecía sujeta en una mano que evitaban colocar al agua. Con la otra mano jabonaban su cuerpo a toda prisa. No se vio un solo bostezo. Cuando faltaban dos minutos el suboficial gritó de nuevo y una fila de hombres empezó a trotar veloz en dirección a su barraca.

Los soldados se vistieron apresuradamente. El suboficial recordó el paso del tiempo y antes de los cinco minutos les pidió que se ubicaran al frente de sus catres. Pasó revista y ordenó “¡veinte de pecho!” a quienes no habían terminado de vestirse. Hubo tres sancionados en la compañía. Incluso, uno de ellos, empezó a hacer las flexiones antes de que el suboficial se lo ordenara. Inmediatamente, el suboficial dio la orden de tender la cama: ¡Tienen dos minutos!, exclamó. Los soldados lo hicieron en forma rápida y experta. Entre tanto, el suboficial transitaba de un lugar a otro revisando cada lecho. Miró su reloj y dio una nueva orden: ¡Atención, todos al frente!. Los soldados se pararon en posición de firmes frente a sus catres. Entonces el suboficial remató con la última orden en el alojamiento: ¡Soldados, dos minutos para formar en la plaza!.

La voz del suboficial produjo una última estampida. Algunos de los soldados no se habían apuntado plenamente la camisa y lo hicieron mientras corrían; otros metieron las faldas de su camisa y abrocharon el cinturón en plena marcha. Algunos se retrasaron mientras anudaban sus botas. Todos llevaban en sus manos un pequeño jarro para el desayuno. La plaza estaba ubicada, aproximadamente, a sesenta metros del alojamiento. Los soldados se miraban

unos a otros y empezaron a formar con diligencia. Conocían la posición de cada cual.

El oficial de servicio, el capitán que ordenó el toque de cometa, esperaba en la plaza. El suboficial llegó caminando ante él y entregó su parte. Los soldados estaban perfectamente formados. El capitán pasó revista, detalló los uniformes, miró a los soldados. Se detuvo en el rostro de alguno pero continuó su camino. Un minuto después dio la orden de dirigirse al comedor para ingerir el desayuno. Todo había transcurrido en forma sucesiva y rápida durante sólo diez minutos.”

Diversos conceptos acerca de la diana emiten quienes han prestado servicio militar:

“La diana era uno de los momentos más odiados del servicio militar porque era una despertada con mucho ruido y gente encima gritando, pegándole a los camarotes con varillas, halando las cobijas. Eso era todo un bullicio a las cuatro y media de la mañana. Yo no entendía por qué, si la iniciación del servicio era a las seis y media o siete de la mañana. Parece que había competencia entre los comandantes de la compañía para ver quién llevaba primero la tropa a desayunar o algo así. Por eso siempre vivíamos descuadrados de sueño y en cualquier descanso uno aprovechaba para dormir un poco. En la primera licencia que yo tuve, de doce días, me la pasé encerrado en la casa durmiendo. Sólo me levantaba para comer”²¹.

“Me tocó un esfuerzo grande para adaptarme a la diana. Nos levantaban a las cuatro de la mañana y yo me despertaba con sueño. Nos daban cinco minutos para bañarnos. A veces uno no alcanzaba; entonces el cabo se paraba a la entrada del baño con una tabla para pegarle a todo el que se demoraba más de cinco minutos. Después, con ese sueño tan tremendo, uno se duerme en las filas. Los superiores hablando y uno formado tambaleando, cayéndose del sueño. Los cabos lo miran a uno y le pegan en la cabeza para que despierte. Después ponen a voltear a todo el mundo como castigo. Es que en el ejército las órdenes hay que cumplirlas rápido y en el tiempo estipulado. Nos enseñaron a ser puntuales en todas las situaciones. El día en que uno no fuera puntual, lo ponían a vestirse como Adán, le atravesaban una sábana, lo pintaban a uno con un poco de cosas de espuma y lo colocaban a desfilarse por todo el batallón”²².

Más clara aún es la siguiente percepción de un soldado sobre el tiempo en el ejército:

²¹ *Relatos de concriptos. SERIE 1.*

²² *Ibidem.*

“En el ejército el tiempo es medido en forma estricta. Siempre se cuenta. La disciplina se impone a través del tiempo porque todas las actividades se hacen contando: ‘¡Cuento hasta tres y ya tienen que estar bañados!’; ‘¡Cuento hasta tres y ya tienen que estar vestidos!’; ‘¡Cuento hasta tres y ya tienen que haberse amarrado las botas!’; ‘¡Cuento hasta tres y ya tiene que estar toda la compañía formada!’. El soldado es disciplinado a través del tiempo: ‘¡A la una, a las dos, y a las... tres!’. Y el que no esté listo, veintidós de pecho o un tablazo”²³.

Durante el día, las actividades se distribuyen de acuerdo con un esquema analítico básico. La diana es el toque de corneta con el cual se despierta al soldado, de inmediato se le ordena tender la cama o salir al baño y efectuar sus necesidades primarias; luego se le dispone para vestirse y se le conduce hacia la formación previa al desayuno. La formación constituye, precisamente, el punto de culminación del despertar, iniciado con la diana. Tras el desayuno, el soldado lava sus utensilios de comida y regresa al alojamiento para asear y arreglar las instalaciones y sus alrededores, hecho que finaliza con una nueva formación para el saludo de sus superiores. Al culminar este saludo, el soldado inicia la instrucción propiamente dicha. En algunos batallones, la instrucción en aula tiene lugar en las horas matinales. Con ella el soldado aprende, por ejemplo, los distintivos militares, los grados, las insignias y su significado, los himnos, las oraciones, la distinción, respeto y saludo a sus superiores, y se le inculcan los valores militares. La instrucción en aula culmina con una formación para dirigirse nuevamente al comedor en busca del almuerzo. En otras unidades militares las horas de la mañana se utilizan para el orden cerrado que termina cuando el destacamento se dirige en formación hacia el almuerzo. Tras el almuerzo hay un pequeño descanso que termina con un nuevo llamado a formación para iniciar la instrucción de orden cerrado o de aula, según el caso. Al caer la tarde los soldados se dirigen en formación al comedor para ingerir su comida. Tienen un pequeño descanso y de nuevo la formación para dirigirse a los alojamientos. Le llaman la “recogida”. No obstante, muchos destacamentos, sobre todo aquellos compuestos por soldados regulares, cumplen actividades nocturnas. Algunas veces como programación cotidiana de preparación física, y otras por castigo:

“A nosotros nos levantaban a las tres de la mañana y nos acostaban a las doce de la noche. Eso fue horrible. Tal como dicen allá, eso fue un comedero de mierda. La instrucción fue muy dura. Después de la diana, que es siempre a las carreras, llega el desayuno y después el aseo: las botas limpias, las cucardas y la chapa brillantes, el uniforme bien dispuesto. Todo para salir a hacerle aseo al batallón. Luego de eso otra formación en la plaza de armas para darle parte al coronel. De ahí en adelante se vuelve al comedero de mierda: orden cerrado; formar y trotar en ese sol ardiente. Todo para efectuar el simulacro del juramento de bandera, para ensayar el

acto y lucirse con los superiores y con las madres. Hubo lanzas que se desmayaban, que se caían. A eso de las doce nos llevaban al rancho a almorzar y después otra vez a formación y ejercicios. Luego instrucción de justicia penal militar, de insignias y símbolos patrios. A veces nos ponían a trepar loma como castigo. Nos daban treinta minutos para llegar a la cima por una trocha, pero el teniente subía por carretera en motocicleta a esperamos. Después de la comida era el único descanso, pero antes de las nueve volvíamos a la instrucción nocturna: entrenamiento para patrullaje, reconocimiento de terreno, hasta las once o doce de la noche, cuando el cabo no se enojaba, porque si alguien la embarraba o el cabo estaba de malas pulgas, nos tenía hasta la una de la mañana dando vueltas. En realidad, como recluta, uno duerme dos o tres horas al día. Se dice que es un entrenamiento muy fuerte pero necesario para adquirir formación militar y resistencia, para prepararlo a uno para el combate. Por eso lo ponen a uno en condiciones extremas, cosa que cuando toque campaña en orden público, uno esté adaptado.

Desde luego, existe también un esquema analítico en la distribución de las etapas. Así, por ejemplo, el recluta debe probar su disciplina en el orden cerrado sin armas antes de recibir un fusil; debe jurar bandera antes de ser considerado soldado; debe ser soldado antes de enviársele a combate. Finalmente, la existencia de series en las actividades y ejercicios durante el servicio militar, parece apenas lógico. En el orden cerrado, la formación es una de ellas. Una vez se domina, puede pasarse a la marcha en sus diferentes formas. Cada actividad se repite hasta el cansancio para dar lugar a una nueva que en ocasiones aparece sutilmente con la diferencia de pequeños ejercicios específicos. Al término de cada serie empieza otra de acuerdo con el nivel, antigüedad y preparación del soldado.

El ejercicio, postula Foucault, es la técnica por la cual se impone a los cuerpos tareas a la vez repetitivas y diferentes, pero siempre graduadas; permite una perpetua caracterización del individuo ya sea en relación con ese término, en relación con los demás individuos, o en relación con un tipo de trayecto. Así, garantiza en la forma de la continuidad y de la coerción, un crecimiento, una observación, una calificación²⁴. De esta manera, las actividades sucesivas permiten un control detallado de los aprendizajes y progresos del soldado, seguidos por una intervención específica de sus superiores en cada momento de la instrucción y del tiempo. En un pelotón, por ejemplo, la rápida diferenciación que el oficial realiza sobre los soldados, de acuerdo con su rendimiento, permite la selección de los más probados, quienes obtienen la calidad de dragoneantes. El tiempo, sin duda, es fundamento de la disciplina.

²⁴**Ibidem**, p. 165.

°Universidad Pedagógica Nacional

4. La elaboración de los actos

Si, tal como hemos observado, cada acto en la milicia posee una temporalidad controlada, debe suponerse que lo estricto y reiterativo del tiempo en cada actividad no es inocente ni improvisado. Además de cultivar la disciplina, el tiempo en los actos se define para establecer un ritmo colectivo y obligatorio que la refuerza. Un ritmo que se impone al soldado desde afuera, por el superior, y que asegura la elaboración del propio acto, al tiempo que controla su desarrollo y sus fases. Un ritmo que garantiza, igualmente, la disponibilidad organizada y obediente de la tropa. Precisamente, tal es el objeto que el reglamento militar define para la instrucción de orden cerrado: “disciplinar al personal inculcándole hábitos de precisión y reacciones rápidas a las órdenes de sus comandantes; disponer de un medio para fomentar la moral de las tropas y desarrollar su espíritu de cohesión”²⁵.

La marcha con compás es probablemente un claro ejemplo de la elaboración rítmica y temporal del acto que conduce al control del cuerpo y vierte el movimiento individual en un todo colectivo. Observemos en su parte pertinente el reglamento de orden cerrado del ejército colombiano:

“La marcha se inicia partiendo de la posición fundamental. A la voz preventiva se inclina el cuerpo ligeramente hacia delante; a la voz ejecutiva se inicia la marcha rompiendo con el pie izquierdo el cual se adelanta con energía sin doblar la rodilla, a tiempo que sale el brazo derecho doblándolo en forma tal que el codo quede a la altura del hombro derecho y la mano a la altura de la tetilla izquierda. Durante la marcha, los brazos deberán moverse con naturalidad manteniendo la elevación de los codos hasta la horizontal con el hombro, las manos ligeramente cerradas; el tronco se mantiene erguido; el pecho naturalmente levantado; la vista al frente en dirección de la marcha y la cabeza normalmente levantada. El largo del paso debe ser aproximadamente de 75 centímetros y la velocidad de la marcha de 114 pasos por minuto”²⁶.

La elaboración del acto no descuida detalle. Para cualquier civil, por ejemplo, la expresión oral del militar en Colombia tiene una entonación que la caracteriza. Una entonación con la cual se le representa fácilmente en obras teatrales y que lo distingue aún sin uniforme. Esta entonación no es sólo costumbre; también está reglamentada:

²⁵ FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA, EJERCITO NACIONAL. Reglamento EJC 3_28. op. cit. Capítulo I, Generalidades, numeral 5, Objeto.

²⁶ **Ibidem.** Capítulo III, Instrucción individual sin armas, numeral 23, Marchas.

Las voces de mando constan de dos partes bien definidas: la voz preventiva, cuyo objeto es indicar el movimiento o ejercicio que se va a ejecutar y alertar a los ejecutantes, y la voz ejecutiva, cuyo objeto es la ejecución del movimiento. La voz preventiva debe emitirse iniciándola más o menos una nota arriba del tono de voz correspondiente a la conversación normal. Puede tener cualquier número de sílabas, debiendo ser acentuada hacia arriba, y en tal forma que la última o las dos últimas estén de dos a cuatro notas de la primera. La última sílaba de esta voz debe ser alargada. La voz ejecutiva debe iniciarse por lo menos dos notas arriba de la última sílaba de la voz preventiva. Esta voz se caracteriza por ser corta, decidida y enérgica, con lo cual se logra incitar a quien la reciba a la ejecución inmediata²⁷.

La correlación entre el cuerpo, el gesto y la voz está indicada también con exactitud milimétrica:

“El volumen apropiado se logra mediante una buena colocación del cuerpo, especialmente del cuello, pecho y abdomen y del ajuste correcto de la garganta y músculos de la boca... El músculo más importante en la función de emitir la voz es el diafragma. Este controla automáticamente la respiración durante la conversación normal, y debe ser usado para controlarla también durante la emisión de voces de mando. Debe evitarse tensionar los músculos de la garganta y del pecho cuando se emiten voces de mando... Las cavidades de la garganta, boca y nariz actúan como amplificadores y ayudan a darle resonancia y modulación a la voz. Para obtener resonancia, mantenga la garganta suelta y abierta y los labios de manera que agranden la boca y prolonguen los sonidos bucales... La repetición de las voces de mando, por parte del reduta, ayuda a vencer la falta de confianza, da seguridad y entusiasmo... Cada individuo debe dar las voces de mando como si estuviera mandando a la unidad entera... Desde el período individual es de gran importancia la forma como el instructor dé las voces de mando, debido a la natural inclinación del soldado por imitarlo²⁸.”

El postulado de Foucault, para quien el control disciplinario no consiste simplemente en enseñar o en imponer una serie de gestos definida, sino en imponer la mejor relación entre un gesto y la actitud global del cuerpo, que es su condición de eficacia y rapidez, se cumple entonces cabalmente²⁹. Por supuesto, algo similar podría decirse de la articulación cuerpo-objeto, referida a la articulación que se propicia entre el soldado y el fusil.

²⁷ **Ibid.** Capítulo II, Voces de mando, Numeral 8, Voz de mando y orden.

²⁸ **Ibid.**

²⁹ **FOUCAULT, Michel.** Op. cit., p. 156.

5. El castigo

La amenaza del castigo y su aplicación misma, constituye uno de los soportes básicos de la disciplina militar en el ejército colombiano. El Código Penal Militar no sólo es mencionado en forma repetitiva como medida alternativa frente a las faltas contra la disciplina, también se recurre a él como expediente que infunde temor y construye orden:

“La primera advertencia que nos hicieron en el ejército fue sobre el Código Penal Militar. Este código no es como la justicia ordinaria. Aquí es el mismo superior el que juzga. Es un código con penas severas. Si uno se evade, paga con el código; si uno irrespeta al superior, paga con el código; si uno se queda dormido cuando esté de centinela, paga con el código. Es una especie de terror el que se infunde porque uno llega a prestar dos años de servicio militar, pero si se envaina y lo empapelan, se puede quedar hasta diez en un calabozo”.

“A uno le enseñan mucho sobre el Código Penal Militar. Le leen los artículos y las sanciones. Sin embargo, el cabo nuestro nos dijo que para vivir el servicio militar tranquilo, el código se reducía a tres frases: ¿qué ordena mi cabo?, ¡Cómo ordene mi cabo! y, ¡cumplida su orden, mi cabo!”³⁰.

Además del Código de Justicia Penal Militar, los oficiales, suboficiales y personal civil de las Fuerzas Militares se rigen por un reglamento de evaluación y clasificación entre cuyos objetivos figura “obtener y registrar información válida acerca de las aptitudes, habilidades y condiciones que se consideran esenciales en la vida militar”, y “determinar la calidad del desempeño del personal en el ejercicio de sus funciones y responsabilidades” para “retener al servicio de la institución al personal más calificado para el desempeño de los diversos cargos”³¹.

En sentido amplio, sin embargo, más allá de la norma escrita, la disciplina establece una penalidad propia y consuetudinaria. Las “veinte o veintidós flexiones de pecho”, por ejemplo, están presentes como forma de sanción en múltiples testimonios de soldados. ¿Por qué veinte o veintidós?, se le preguntó a un suboficial. “No sé –fue su respuesta-. Es la costumbre”. De esa misma manera, la repetición del acto aparece una y otra vez con propósito correctivo. Se impone en

³⁰ *Relatos de conscriptos*. Entrevistas concedidas por soldados en servicio militar obligatorio. Bogotá, abril de 2001.

³¹ FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA. *Reglamento de evaluación y clasificación para el personal de las Fuerzas Militares*. Reglamento 1-4 Público. Bogotá: Imprenta y publicaciones de las Fuerzas Militares, 1988.

la Escuela a los oficiales y a los suboficiales, y éstos, a su vez, la imponen en el cuartel a sus subalternos y a los soldados. El “volteo”, aquella sanción que obliga a correr hasta un sitio y a repetir la marcha hasta tanto sea estrictamente aprendida y desarrollada, es igualmente un mecanismo de sanción al que hacen referencia todos los relatos de soldados.

Desde luego, existen también innovaciones y particularidades en los castigos. Algunos pueden resultar oprobiosos o atentar incluso contra la vida misma del soldado. Pero, en el fondo, los propósitos resultan similares:

“Los castigos en el servicio militar son muy variados. Faltarle al respeto a un superior, por ejemplo, es castigado de diversas formas. Depende del superior y de su estado de ánimo. Lo pueden castigar con flexiones de pecho, con vueltas alrededor de un palo, o lo pueden poner a trotar con todo el material de intendencia al hombro. Lo mismo ocurre si uno se vuela de las aulas de instrucción. Se puede pagar con calabozo o restricción carcelaria, como la llaman, o se puede pagar con una noche entera dándole vueltas a la plaza. Lo que sí es grave y se castiga siempre con cárcel es sacar material de intendencia de la institución. Yo no sé si estos castigos estén escritos o estipulados en algún código. Al código penal militar lo mencionan mucho los suboficiales, pero yo creo que cada uno de ellos tiene el propio”³².

“El aseo es muy importante en la milicia. La afeitada, portar el uniforme impecable y bien planchado; llevar implementos como la peineta, la libreta de apuntes, un pañuelo, es obligatorio. El hecho de no llevarlos acarrea castigos como quedarse sin salida ese fin de semana, o ir a la guardia a diferentes horas de la noche y de la madrugada. El comandante de guardia le firma un papel cada vez que va, y esos papeles debe presentarlos al día siguiente a quien colocó la sanción. Esa noche no puede dormirse porque el recorrido del alojamiento a la guardia es largo y si a uno se le pasa una hora sin hacer firmar el papel es peor. Una vez recibimos un castigo por no haber aseado bien el rancho. El oficial de servicio nos levantó a las tres de la mañana y nos puso a lavar el rancho, luego nos puso a trotar con la tula y todo el equipo al hombro alrededor de la escuela que era muy grande. Este castigo también lo usan mucho cuando hay robos en la compañía, cuando se pierden las cosas”.

“Los castigos en el ejército no tienen norma. El código dice que el centinela que se queda dormido es sancionado con cárcel pero a nosotros el cabo nos aplicaba otra cosa. Él le llegaba a uno por la espalda y lo sorprendía dormido porque uno de recluta dueme mucho. Le alumbraba con la linterna en la cara y lo ponía a voltear todo el tiempo. A mí me pusieron a voltear

³² Relatos de conscriptos. SERIE 3.

^oUniversidad Pedagógica Nacional

*una vez desde las seis de la tarde hasta las diez de la mañana del otro día. Otra vez me evadí por cuatro días y mandaron los cuadros a cogeme. Me colocaron un palo grueso y me hicieron terciar el fusil, me llenaron el equipo de arena y me pusieron a voltear todo un día*³³.

*“En el ejército se amenaza mucho con la conducta. Cuando uno paga servicio le dan la libreta y un certificado de conducta que es lo que más sirve para conseguir empleo. Entonces los suboficiales le dicen a uno que si la embara le dañan la conducta y le joden cualquier empleo. Mejor dicho, queda uno como si no hubiera prestado el servicio. Los otros castigos más usados son los ejercicios y la tabla. Flexiones de pecho; la vuelta a Colombia, que era darle la vuelta a la bandera, y los tablazos en las piernas o en la espalda, sobre todo en la madrugada o a media noche*³⁴.

Contrario al castigo aparece en el servicio militar el estímulo. El permiso de salida para el fin de semana, media hora de descanso adicional, la posibilidad de disfrutar algún deporte, o la posibilidad de ascender a dragoneante, se convierten en estímulos para la observación de buena conducta o disciplina. Existe una competencia constante entre las compañías de un mismo batallón. Aquella que guarde la mejor compostura, que practique mejor y más rápido el aseo, o que realice un orden cerrado más vistoso y disciplinado, es premiada con reconocimientos y permisos por parte de los oficiales.

6. Conclusión en torno al interrogante propuesto: ¿es el cuartel escenario de dominación y disciplina?

El cuartel ha sido considerado por Michel Foucault como espacio preferido por la coerción disciplinaria para establecer en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada. Un espacio en donde la minucia de los reglamentos, la mirada puntillosa de las inspecciones, la sujeción a control de las menores partículas de la vida y del cuerpo, da un contenido laicizado, una racionalidad económica o técnica a ese cálculo místico de lo ínfimo y del infinito. La disciplina exige la clausura, los emplazamientos funcionales, la primacía del rango y el control de la actividad. El poder en el cuartel se torna omnipresente y la eminencia del detalle persigue encauzar la conducta del soldado. El cuartel impone aislamiento, controla, maneja y elabora el tiempo de las tropas, impone el gesto y la actitud global del cuerpo³⁵. La disciplina implica, a su vez, control de los mecanismos internos. El “poder disciplinar” produce cuerpos

³³ *Relatos de concriptos. SERIE 1.*

³⁴ *Relatos de concriptos. SERIE 2.*

³⁵ **FOUCAULT, Michel.** *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión.* Op. cit.

dóciles controlados y regulados en sus actividades e incapaces de actuar espontáneamente a impulsos del deseo³⁶.

Al proponer un estudio continuo de los acontecimientos que rutinariamente encuentra un nuevo soldado al ingresar a su cuartel y que caracterizan la vida militar por excelencia, bien podría afirmarse que, en el ejército colombiano, el cuartel se ha convertido en un verdadero escenario de dominación y disciplina. No obstante, resulta imperativo formular algunas precisiones.

En primer lugar, no toda la arquitectura en la historia de los cuarteles en Colombia ha resultado funcional para la disciplina. En muchas ocasiones, los cuarteles ocuparon antiguos conventos o colegios que, aunque brindaban alternativas similares con respecto a la disciplina, reñían en lo concreto con el objetivo que buscaba atribuirse a la milicia. Por otra parte, la arquitectura militar tiene su propia historia en el ámbito internacional.

En la Europa de los siglos XVII y XVIII, los cuarteles intentaron agrupar los alojamientos de la tropa en un solo cuerpo de edificio. El propósito, además de disciplinario, era colocar en la menor superficie de terreno el mayor número posible de hombres. El cuartel de Isabel II en Madrid, así como el cuartel del General Urrutia, en Logroño, pertenecen en España a este tipo de construcción en bloque³⁷. Sin embargo, como consecuencia de la aglomeración, graves problemas de salud obligaron a la introducción de modificaciones. La población militar en los cuarteles aumentaba y la circulación del aire se hacía imposible en estrechos locales que albergaban a la vez retretes y caballerizas. La luz era, al mismo tiempo, una necesidad de salud y de control sobre la tropa.

Las epidemias de tisis y la multitud de enfermedades propagadas por contagio condujeron al sistema lineal, fundado en la construcción de cuarteles en edificios con dos alas y dos plantas. El cuartel de fusileros del príncipe Jorge, en Dresde, es uno de los más representativos cuarteles de este tipo en Alemania. Sin embargo, fue en la Francia napoleónica cuando empezó a proponerse un nuevo sistema de acuartelamiento basado en pabellones aislados de perfil ojival, que concluiría más tarde con la más económica forma rectangular para dormitorios longitudinales con dos filas de camas y aberturas superiores suficientes para la circulación del aire y la penetración profunda de la luz. Así se comprendió, igualmente, la necesidad de disponer pabellones independientes para las letrinas, cocinas, talleres y enfermerías, y de aislar el ganado en cuadras ubicadas a sotavento de los dormitorios de la tropa. Si bien esta disposición es útil a la disciplina, como sucede con la forma similar que posee la mayoría de los alojamientos militares en Colombia, es necesaria también para la salud de los soldados. Por demás, en la arquitectura militar internacional resultó lógica la construcción de alojamientos militares en torno a un patio destinado para la formación de las unidades que ocuparan el cuartel.

³⁶ **FOUCAULT, Michel.** *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI editores, 1993.

³⁷ **CASADO, Juan.** *Arquitectura militar*. Madrid: Calpe, 1922.

Precisamente, una crítica importante a la teoría de Foucault reside en su visión del poder como agente de la historia en sí mismo. Pero, tal como queda expuesto, el desarrollo en la construcción de los cuarteles no es un fenómeno exterior o ajeno a aquellos individuos que los diseñaron, a los grupos sociales que impulsaron su construcción, ni a los soldados que los ocuparon. Estos últimos, con sus requerimientos militares en cuanto fundamento básico para la existencia del cuartel, con sus problemas de salud, con sus propias necesidades primarias, si se quiere, son agentes históricos que influyen en la arquitectura militar más allá del poder o de la disciplina. En tal virtud, podemos aceptar el importante papel que la arquitectura del cuartel ofrece para el control y la vigilancia de la jerarquía militar sobre sus subalternos y especialmente sobre los soldados, pero no podemos soslayar la importancia que en ella poseen factores higiénicos, económicos y geográficos, ni mucho menos el papel que en su transformación juegan los individuos.

Los alojamientos militares pueden resultar útiles a la vigilancia y al control disciplinario, pero no son estos agentes, por sí mismos, quienes los han creado. La historia de la Escuela Militar de Cadetes “General José María Córdova”, constituye una clara muestra en torno al papel de diversos actores y aspectos determinantes en su engranaje arquitectónico. Fundada en 1907 en el claustro de San Agustín, en la ciudad de Bogotá, no intervino en la escogencia del local un fenómeno diferente a las facilidades que éste ofrecía al escaso rubro que el gobierno destinaba para tal propósito. Siete años más tarde, ese antiguo convento, nunca edificado como cuartel militar, era insuficiente para albergar a la Escuela Militar y a la Escuela Superior de Guerra, creada para la formación de oficiales en las Fuerzas Militares de Colombia. Se tomó entonces la decisión de trasladarlo a un lugar más amplio, el cual se obtuvo gracias a la cesión que del convento de San Diego hizo la comunidad franciscana. Una parte de este convento se había construido en antaño como monasterio y la otra como albergue infantil.

En las instalaciones de San Diego, la Escuela permaneció 29 años. Ubicada en pleno centro de la ciudad, fue la necesidad de prácticas militares y de tiro a campo abierto las que se citaron como principal argumento para su traslado. El gobierno de Eduardo Santos decidió vender la antigua escuela de San Diego para iniciar en 1941 la construcción de una nueva Escuela Militar en el sector de Rionegro, sobre un área de 70 hectáreas. El proyecto arquitectónico fue ejecutado por firmas civiles de ingeniería, quienes diseñaron la nueva sede con inspiración colonial, adornada con arcos y fachadas originales de corte hispano y simplicidad en los detalles. Los primeros alojamientos se diseñaron con mayor privacidad y con capacidad para una sola escuadra y posteriormente se diseñó el sistema que pudiera albergar a uno o dos pelotones en un segundo y tercer piso, utilizando el primero como rotonda y con mayores espacios comunes.

Años después, en 1950, el Centro de Infantería se construyó con asesoría militar norteamericana y la participación de arquitectos civiles; sin embargo, la

Guardia Principal fue construida por ingenieros del ejército con el propósito de que sirviera para la defensa del cuartel y al mismo tiempo como monumento histórico. La elegancia y la belleza de las instalaciones se convirtieron en preocupación vital para los arquitectos. No obstante, las aulas tuvieron que ser paulatinamente ampliadas y sólo en 1975 y 1982 se construyeron la biblioteca y el coliseo cubierto.

Otra de las importantes dificultades de la teoría de Foucault reside en su consideración del poder como una fuerza evolutiva del constreñimiento por sí mismo. Pero el poder es un fenómeno de movilización, y no un factor que establece límites. Así, quienes están sometidos al poder disciplinario, no tienen necesariamente relaciones de docilidad hacia el mismo. Según Anthony Giddens, el poder puede ser visto como una reflexividad institucional. Es institucional, porque constituye un elemento básico estructurante de la actividad social en las situaciones actuales. Y es reflexivo en el sentido que introduce los términos para describir la vida social, entrar en su rutina y transformarla, no como un proceso mecánico ni necesariamente de manera controlada, sino porque forma parte de los marcos de acción que adoptan los individuos y los grupos³⁸.

Numerosos testimonios pueden citarse acerca de la rebeldía y los diversos tipos de relación que los soldados asumen con respecto al poder, la jerarquía y la institución en el cuartel. La antigüedad, por ejemplo, le permite a los conscriptos enfrentar excepcionalmente el horario de la diana:

“Cuando uno es antiguo y se conoce con los demás ya puede ponerse de acuerdo. En una ocasión, en Bahía Málaga, nosotros hablamos de colocar un camarote en la puerta de entrada para que nadie nos despertara. A la madrugada llegó el cabo a hacer la levantada y no pudo entrar. Empezó a gritar: ‘¡Soldados, abran!’ y nosotros respondíamos gritando: ‘¡No quiero!’. Todos gritábamos al tiempo. Entonces él respondía: ‘como así que estos hijueputas no quieren. ¿Se van a dejar castigar? ¡Los voy a poner a voltear todo el día! ¡Soldados, levantarse!. Les voy a dar la última oportunidad: ¡Levantarse! Pero nada, nosotros continuábamos: ‘¡No quiero!’. Le tocó llamar a un teniente para que le ayudara a abrir. Entonces el teniente nos dijo: ‘muchachos, ¿a ustedes qué les pasa?’. Nosotros respondimos que queríamos descanso ese día, que nos dieran el día libre, que no era justo todos los días de guardia, de instrucción, de trabajo. El teniente accedió”³⁹.

“Tuvimos un cabo de los montadores. Montador quiere decir cansón. Quería tenernos todo el día y la noche haciendo ejercicios. Trotar y marchar cantando los himnos y las estrofas militares. Nos castigaba a toda hora y nos hacía sacar la tula con todo el material de intendencia, las cobijas y las toallas, para trotar con eso al hombro a las tres de la mañana. En el pelotón

³⁸ **GIDDENS, Anthony.** *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid: Cátedra, 1995.

³⁹ *Relatos de conscriptos.* SERIE 1.

había un grupo muy templado. Eran como seis. No eran viciosos sino más bien hampones y vendedores de droga en los barrios. Una noche como a las dos de la mañana, como al cabo le tocaba dormir a veces en el alojamiento, se levantaron los de ese grupo y le pusieron una almohada en la cara. El cabo se despertó asfixiándose y pataleaba. Los muchachos le dijeron que si quería respirar y que lo soltaran tenía que dejar de ser cansón, que levantara la mano derecha si estaba de acuerdo o de lo contrario lo ahogaban con la almohada. El cabo se resistía pero los otros lo tenían dominado y no cedían. Le preguntaban: ‘¿Vas a dejar de ponernos a trotar por gusto? ¿Vas a dejar de hijueputiarnos y de mandar a los dragoneantes a que nos den pata? ¿Sí o no?’. El cabo dejó de resistirse y empezó a levantar la mano derecha. La levantaba como loco. Entonces lo soltaron y corrieron hacia sus catres. El cabo ni se movió, ni se levantó a prender la luz, nada. Yo pensé que lo habían matado pero al rato empezó a quejarse. Lloraba como niño chiquito. Nos dijo que él hacía todo eso, que era duro y estricto para formarnos como buenos soldados, pero que si no estábamos de acuerdo no volvía a hacerlo. Desde esa noche el cabo cambió con nosotros y nuestra estadía en el ejército se hizo más amable⁴⁰.

La valentía y la solidaridad, así mismo, resultan fundamentales para eludir el tradicional “volteo” y exigir consideraciones más humanas, por parte de los superiores, con respecto al aprendizaje de la marcha:

“En el pelotón nuestro habían soldados de muy bajo entendimiento. Se equivocaban en la marcha y era un lío. La mayoría marchaba bien pero ellos la embarraban. Entonces el cabo nos mandaba a voltear y a volver a empezar. Nos gastamos un día, dos, tres en esas y esos soldados nada que aprendían. Les dimos tabla por la noche y fue peor. No cogían una sola. Como al cuarto día eran las dos de la tarde y el cabo estaba iracundo, nos quería dejar sin almuerzo. Nosotros empezamos a reírnos, a burlarnos del cabo y de los soldados que la embarraban. Empezamos a remedarlos y ya no había forma de acertar en la marcha. Ahora los que nos equivocábamos éramos los avispados para gozar el asunto. De pronto se tiró un muchacho al suelo y dijo que no daba más, que los unos recochando y los otros embarrándola, no íbamos a aprender nunca y que él no se iba a pasar la vida volteando por un palo. El cabo le ordeno que se parara y el muchacho siguió tendido. Entonces el cabo mandó a unos dragoneantes para que lo levantaran a patadas. Los dragoneantes vinieron muy gallitos, muy bravitos y en ese momento dos, tres, cuatro muchachos se tiraron al suelo. Terminó tirándose todo el pelotón. El cabo daba órdenes pero nadie se levantaba. En eso pasó un sargento y preguntó qué pasaba. Nos sentamos y dialogamos. Entonces le ordenó al cabo que ensayara sólo con los que más se equivocaban y que a los demás nos diera descanso⁴¹.

⁴⁰ *Relatos de concriptos. SERIE 2.*

⁴¹ *Ibidem.*

La rebeldía, la astucia y la evasión, se convierten igualmente en métodos eficaces para enfrentar la humillación jerárquica y burlar la imposición de normas disciplinarias:

“Yo alegaba mucho con los cabos porque algunos no saben tratar a la gente. El cabo segundo, que está recién salido de la escuela, cree que uno no sabe hacer las cosas o quiere desquitarse con uno de todo lo que le hicieron en la escuela. Una vez llegó un cabo y me dijo: ‘¡Negro hijueputa!’. Entonces yo me cuadré y le dije: ‘Con permiso mi cabo, para solicitarle que más hijueputa será usted y respéteme, que si mi sargento no me trata así, usted tampoco tiene por qué hacerlo. Y si está muy ofendido, quítese las jinetas y nos damos golpes’. Entonces llamó al sargento y le puso la queja. Yo le dije que sí, que le había respondido así porque me estaba tratando mal. El sargento reprendió al cabo”⁴².

“A nosotros en el batallón el calabozo no nos asustaba. Es más, lo preferíamos. Había televisión y VHS. La pasaba uno tranquilo, sin madrugar, sin marchas y sin guardias. Claro está que le dañan a uno la conducta pero a la larga eso tampoco importa. Por eso a muchos les gustaba cometer faltas para que los mandaran a descansar en el calabozo. En mi pelotón hubo mucha vida, mucho soldado que se pasaba la disciplina por la faja. Había un grupo de marihuaneros con los cuales ni los oficiales se metían. Se evadían del cuartel a comprar y a fumar marihuana y no les pasaba nada. De vez en cuando al calabozo. Yo me volaba con otro grupo por las noches para ir a las discotecas a rumbear de civil. Nunca nos pillaron porque el centinela se aguantaba y nos dejaba salir y volver a entrar. Es que si el centinela lo delataba a uno le iba mal. Entonces, cuando a uno le tocaba de centinela, también lo dejaba pasar. Había otros que se volaban porque tenían noviedita en el barrio que queda pegado al batallón. Se iban por la noche a dormir con ella. El todo era volver antes de la diana. A lo último la cosa se puso tan tremenda que nos volábamos de día, nos escapábamos para ver los partidos de la copa mundo. Echábamos a la suerte y dejábamos a uno o dos cuidando los fusiles y los demás nos íbamos a ver fútbol en las casas vecinas”⁴³.

Foucault ha significado para la filosofía francesa la reivindicación de Nietzsche y su visión radical del poder. Como antítesis de Marx, sus investigaciones históricas persiguieron la constitución de los conocimientos, de los discursos y campos de objetos sin referir al sujeto. El poder adquirió un rol central y prioritario frente a los valores y frente a la verdad hasta el punto de tomar el cuerpo como escenario y eje para su ejercicio. La fuerza del poder no provenía simplemente de su actuación opresiva, de que se manifestase como una imposición a la que había que resistirse. El poder constituía de hecho el medio por el que sucedían todas las cosas, la producción de las cosas, del conocimiento y de las formas de discurso y de placer. Tal como analiza Giddens, en la obra de Foucault, el descentramiento del sujeto apareció como un fenómeno tanto

⁴² *Relatos de concriptos. SERIE 1.*

⁴³ *Relatos de concriptos. SERIE 2.*

metodológico como, en cierto sentido, sustantivo⁴⁴. La historia estaba construida por epistemes, a los que luego llamó campos de poder, mediante los cuales se revelaban los sujetos humanos. El poder disciplinario se ejercía a través de su invisibilidad, consentido por quienes lo experimentaban bajo un mecanismo de sustentación visible: la vigilancia. Los individuos permanecían bajo observación, tipo panóptico, en tanto que los “medios del buen encausamiento” aseguraban su docilidad. En este sentido, entonces, la historia no tenía sujeto.

Reside allí la crítica fundamental que a la obra de Foucault puede hacerse. Para la sociología contemporánea, es claro que los asuntos de la sociedad no están determinados por fuerzas abstractas, ajenas y totalmente desconocidas para los individuos que en ellos intervienen. En la teoría de Alain Touraine, por ejemplo, la representación de la vida social posee en las nociones de historicidad, movimiento social y sujeto, el eje central de todo análisis. Más allá del poder y de la dominación como episteme, son las sociedades quienes producen su existencia histórica por su capacidad económica, política y cultural de actuar sobre sí mismas y de engendrar su porvenir y hasta su memoria⁴⁵. En la teoría de la estructuración de Giddens, los seres humanos se consideran siempre y en todas las circunstancias como agentes con conocimiento, aunque actúen dentro de los límites históricamente específicos de las condiciones no reconocidas y de las consecuencias no intencionadas de sus actos⁴⁶. Frente a la historia de la sexualidad de Foucault, según la cual el sexo adquiere una significación específicamente política en cuanto hace referencia a actividades en las que confluyen la disciplina del cuerpo y el control de la población, Giddens advierte que el poder puede ser, también, un instrumento para la producción de placer y no sólo oponerse al mismo⁴⁷.

Finalmente, un argumento más frente a la teoría foucaultiana con respecto al cuartel. Asimilado éste a la prisión y a la fábrica, Foucault olvida las peculiaridades específicas de cada institución. Pero, aún más importante, descuida la posibilidad de que quien se encuentra implicado en ellas abra paso a la resistencia o incluso trastome la disciplina del poder que las establece. La tragedia de las cárceles en Colombia, es un ejemplo concreto de la mutación disciplinaria por parte de los reclusos y de la burla total a toda vigilancia y control que el Estado y sus cuerpos coercitivos intenten colocar sobre ellas. Antes que el Estado, el verdadero poder en las cárceles pertenece a los grupos de delincuencia organizada que en ellas se encuentran y que, está demostrado, tienen también la posibilidad de evadirse en cuanto así lo deseen.

⁴⁴ **GIDDENS, Anthony.** *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo.* Barcelona: Paidós, 1997. p. 282.

⁴⁵ **TOURAINE, Alain.** *El regreso del actor.* Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1987. p. 202.

⁴⁶ **GIDDENS, Anthony.** *Ibid.*, p. 285.

⁴⁷ **GIDDENS, Anthony.** *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid: Cátedra, 1995.

Por supuesto, las desviaciones al interior de las Fuerzas Armadas, sus compromisos con agentes del narcotráfico y sus complicidades con grupos paramilitares por parte de algunos de sus destacamentos y hombres, podrían citarse como nuevo y concreto ejemplo. Sin embargo, un testimonio final resulta elocuente acerca de esa posibilidad de trastornar la disciplina del poder establecido que, similar a la de las cárceles, aparece también en el cuartel, aunque excepcionalmente y en menor escala:

“En el ejército me hice a un grupito de marihuaneros. Eramos 16 o 17. Una bandita pesadita que nos ganamos el respeto y con la cual nunca se metieron porque nos cuidábamos entre sí. Conseguíamos la droga en el mismo batallón o la entrábamos. Nos volvimos abejas. Abeja se le dice al soldado que después de bañarse vuelve al alojamiento a dormir. Nosotros lo hacíamos porque en grupo podíamos burlar la vigilancia. Falsificábamos permisos para irnos a la casa, almorzábamos, hacíamos alguna vuelta y volvíamos. Salíamos por la brigada, delante de todo el mundo o con la colaboración del centinela, cuando era uno de nosotros. Al cabo le decíamos de frente que íbamos a tomar y él nos autorizaba para que tomáramos cuatro botellitas y nos acostáramos a dormir. Nosotros llegamos a comprar hasta diez canecas del ron galeón para tomar en una noche. Comprábamos marihuana, bazuco y perico y nos sentábamos a tomar y a meter vicio. En una ocasión un sargento nos encontró a todos drogados y nos pasó parte con el comandante que era un capitán. El capitán llegó tratándonos mal, que éramos una parrandada de hijueputas que no servíamos para nada. Yo le dije que quería hablar y él me contestó: ‘¿Qué va a hablar usted, doble hijueputa?’ Yo le dije que si tenía que pasar parte al coronel, pues que llevara al que nos había delatado pero no a nosotros porque nosotros estábamos de brisa, playa y mar. El capitán dijo: ‘Claro hijueputas, como aquí se agarran a fumar marihuana y a tomar trago... Entonces ahí mismo un compañero se paro y le contestó: ‘Mi capitán, para informarle que nosotros aquí estamos viviendo sabroso y que si ustedes no nos aguantan los cuatro meses que faltan para darnos la baja, pues que nos den ya la libreta y la conducta que nosotros nos vamos y los dejamos descansar. El capitán respondió: ‘¿Cuál libreta y cuál conducta? Si ustedes, partida de viciosos, no tienen conducta’. Entonces yo le dije que eso no servía para nada, que yo aquí estaba era perdiendo el tiempo porque en la calle tenía trabajo y de seguro podía ganar más que él. El capitán se puso furioso y me iba a dar pata pero se le atravesó un pana de los nuestros y le dijo: ‘Quítese esas estrellas y esa ama y nos damos golpes’. El capitán paró y dijo: ‘¿Quieren que los mande al calabozo?’ y le dijimos: ‘Pues nos tendrá que mandar a todos y después la paga’. Nos dijo que nos bajáramos los pantalones para ver si éramos hombres pero no le hicimos caso. Hubo un solo soldado que se bajó los pantalones y el capitán dijo: ‘Este si vale la pena y no es marica como ustedes’. ‘Al contrario, le respondimos, ese si es marica y por eso se bajó los pantalones. Entonces sacó el ama y con el arma en la mano nos dijo: ‘Hijueputas, ¡a bajarse los pantalones todos!’ y le dijo a los dragoneantes que nos quitaran los fusiles. Entonces nos tocó

bajamos los pantalones y cogernos las gúevas. Nos preguntó si teníamos vagina o qué y le respondimos que teníamos más gúevas que él. Nos preguntó quién mandaba y le contestamos: 'Mandarás acá adentro pero esperá a que nos encontremos en la calle para ver quién manda'. Entonces él dijo: '¿Me están amenazando o qué?'. Y nosotros le respondimos que sólo era un aviso. Hasta allí llegó todo. Ni pasó parte ni nos dañó la conducta"⁴⁸.

BIBLIOGRAFÍA

CASADO, Juan (1922) *Arquitectura Militar*, Madrid: Calpe.

FOUCAULT, Michel (1984) *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.

FOUCAULT, Michel (1993) *Historia de la Sexualidad*. Madrid: Siglo XXI Editores

GIDDENS, Anthony (1995) *La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, amor, erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.

GIDDENS, Anthony (1997) *Política, Sociología y Teoría Social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*. Barcelona: Paidós

TOURRAINE, Alain (1987) *El Regreso del Actor*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

⁴⁸ *Relatos de conscriptos*. SERIE 1.

^oUniversidad Pedagógica Nacional